

«ENTRE LA VERDAD Y EL ERROR NO HAY MÁS QUE UN INMENSO VACÍO»

Por MARÍA BERGERA



A partir de 1848 y hasta su muerte en 1853 la figura de Donoso Cortés destaca en el panorama del pensamiento y de la vida política europea. En este momento, Europa sufre una nueva oleada revolucionaria, la más profunda y de mayor amplitud desde la gran Revolución de 1789. Junto al impulso revolucionario de las clases medias, aparecen con fuerza las primeras manifestaciones de la revolución socialista que alarmó y puso en guardia al mundo liberal. La revolución fue momentáneamente detenida, pero su fuerza y sus principios desintegradores siguieron minando la sociedad. En estos momentos de confusión de espíritus y de gobiernos, la voz de Donoso Cortés se levanta denunciando la raíz misma de los males que trastornan Europa y señalando el único remedio para aquella sociedad que, cada vez más alejada de Dios, caminaba hacia su ruina. El eco que tuvo en los ambientes más eminentes de Europa no se debió sólo al prestigio del que ya gozaba como diplomático, sino a la autoridad que tenían sus afirmaciones; a la fuerza de las convicciones, de quien habiendo vivido en el error, y libre ya de él, busca denunciarlo y combatirlo ante quienes aún están bajo su dominio.

El año 1848 es para Donoso el momento culminante de su conversión religiosa y el punto clave de su conversión intelectual. Hasta entonces, aunque había sido creyente en el fondo de su alma, su fe, como él mismo dice, había sido estéril, porque no gobernaba sus pensamientos, ni inspiraba sus discursos, ni guiaba sus acciones.¹ La clave de la conversión de Donoso, lo que hizo de él un católico con todas sus consecuencias, fue el descubrimiento del orden sobrenatural, o mejor dicho, de la unidad de aquello que el liberalismo y el naturalismo venían separando, la unidad inseparable del orden natural y el sobrenatural. A ello llegó Donoso gracias «*en primer lugar, a la Misericordia divina, y después, al estudio profundo de las revoluciones*».² A partir de este momento, Donoso analizará la sociedad desde el único punto verdadero, el de las alturas católicas, desentrañando el significado de los acontecimientos y captando el rumbo de la historia. La conmoción que supuso en Europa la revolución de febrero le dará ocasión para levantar la voz y plantear ante las mentes de su tiempo «la cuestión verdadera».

Donoso presenta ante los ojos de aquellos hombres, de «*un optimismo invencible, que creen que febrero fije el castigo y ahora viene la misericordia*», el crudo espectáculo de la realidad europea: «*desde esa revolución de recuerdo tremendo, nada hay seguro en Europa. Ved el estado de Europa: todos los hombres de estado no parece sino que hayan perdido el don de consejo, las instituciones padecen vaivenes y las naciones, grandes decadencias*». Esta realidad de debilidad y desintegración de las sociedades es síntoma de que Europa, lejos de caminar hacia su prosperidad, camina hacia su ruina. Donoso lo afirma con fuerza: «*la sociedad europea se muere. Se muere porque el error mata y la sociedad está fundada en errores*».³

¹ Carta a Manche-ROM, Berlín, 21 de julio de 1849, O.C., y. II, p. 224, BAC

² Carta al conde de Montalembert. Berlín, 26 de mayo de 1849, O.C., y. II, p. 206. BAC

³ Polémica con la prensa española, Berlín, 16 de julio de 1849, O.C., y. II, B.A.C., p. 223

La raíz de los males sociales

Donoso presenta a sus contemporáneos un análisis de los males de la sociedad, desde el único punto de vista verdadero, el de las alturas católicas, y desde aquí presenta todos los errores modernos que han causado el desorden político y social que padece Europa: todos estos errores, señala, a pesar de la variedad infinita con que se presentan en sus manifestaciones, se reducen a un único error, que es en su raíz de carácter teológico. Y éste consiste en dos negaciones: una en relación a Dios, y la otra en relación al hombre. Respecto de Dios, se niega su Providencia, su cuidado del mundo; respecto al hombre, que sea concebido en pecado. Sentadas estas dos negaciones, se afirma que el hombre no necesita de Dios, sino, al contrario, dada la integridad natural de su razón y de su voluntad alcanzará siempre y por su propios medios la verdad y el bien. De manera que sin necesidad de ser restaurado se niega al mismo tiempo la Redención y la Encarnación, y al fin, la misma persona del Verbo. Igualmente, sin necesidad de la acción santificadora de Dios, se acaba negando la persona del Espíritu Santo, terminando de esta manera con el dogma de la Trinidad, piedra angular de nuestra fe y fundamento de los dogmas católicos. La vida humana se convierte así en un proceso de elevación por los propios esfuerzos, y por medio de un progreso indefinido a la más alta de las perfecciones.

Todos los errores modernos se reducen así a alguna herejía condenada por la Iglesia desde antiguo. Pero, lo característico del siglo, señala Donoso, no es ya la arrogancia con la que se proclaman los errores, sino la audacia satánica con la que aplica a la sociedad presente todos aquellos errores en que cayeron los siglos pasados. El árbol del error ha llegado ahora a una madurez providencial, y lejos de ser meras desviaciones en la esfera intelectual, el error está presente en todos los ámbitos de la vida: los libros, las instituciones, las leyes, los periódicos, las conversaciones, lo que se dice y lo que se calla. Estos errores conforman un vasto sistema de naturalismo que es la contradicción radical de las creencias católicas.

La civilización católica y la civilización filosófica

Este conjunto de principios fundados en la idea de la bondad radical del hombre han consolidado la «civilización filosófica»: su fin es *liberar* al hombre de todas las ataduras que constriñen su razón y voluntad, haciéndolas independientes y soberanas como principios absolutos del orden político y social. El término natural de esta civilización consiste en la progresiva negación de toda ligadura: negación de Dios en el ámbito religioso, del gobierno en el político, de la propiedad en la esfera social y de la familia en el ámbito doméstico. Históricamente este proceso se fue desarrollando paulatinamente desde el Renacimiento con la restauración del paganismo, literario primero, filosófico, religioso y político, y alcanza su apogeo en el siglo XIX, y supone un constante retroceso de la «civilización católica», que al contrario de aquella, consiste en conformarse la razón y la voluntad del hombre al orden establecido por Dios en todas los ámbitos.

Donoso insiste en señalar que la civilización filosófica es por naturaleza revolucionaria y que los mismos principios en los que se fundamenta entrañan su propia ruina. Es revolucionaria porque ensalzando sobremanera la inteligencia, la voluntad y las ambiciones humanas, cimentada en el orgullo, produce un estado constante de inestabilidad en el que nadie está satisfecho de su suerte y aspira siempre a más. Porque ha desechado las ideas cristianas de la autoridad, la obediencia y el sacrificio en las que se funda la vida social. Los errores se convierten al fin en revoluciones que buscan transformar los estados.⁴

Insiste en presentar ante sus contemporáneos la gran falacia de una civilización que habiendo proclamado la libertad soberana del hombre camina hacia la tiranía y termina en el total desprecio del propio hombre. Pero, a pesar de lo contradictorio, este proceso es inevitable, pues una vez abolido el

⁴ *Discurso sobre Europa*. 30 de enero de 1850, O. C., v. II, p.307, B.A.C.

orden establecido por Dios respecto al hombre y la sociedad, no queda otra forma de conciliar la libertad y el gobierno más que por una represión de esa libertad soberana. Donoso explicó esta idea en el famoso Discurso de la Dictadura con un paralelismo que hizo fortuna: «*No hay más que dos represiones posibles: una interior y otra exterior: la religiosa y la política. Estas son de tal naturaleza, que, cuando el termómetro religioso está subido, el termómetro de la represión está bajo, y cuando el termómetro religioso está bajo, el termómetro político, la represión política, la tiranía está alta. Esta es una ley de la humanidad, una ley de la Historia*».⁵ La revolución del 48 con la amenaza democrática y socialista venía a descubrir hasta qué punto estaba descendiendo el termómetro religioso y hasta dónde vendría a ascender en proporción la tiranía del gobierno, y le permite anunciar que: «*cuando la represión religiosa no exista no habrá bastante con ningún género de gobierno, todos los despotismos serán pocos*». El curso normal de esta civilización conduce a la más espantosa tiranía, como lo vino a confirmar el desarrollo de la historia.

Las tres fases del proceso revolucionario

Esta ley histórica de la relación inversa entre represión religiosa y represión política, se manifiesta en el desarrollo del proceso revolucionario en el que Donoso señala varias fases, cada una de las cuales se fundamenta en un error político, que a su vez se resuelve en un error teológico.

La primera fase supone la negación en el orden religioso de la Providencia de Dios y la afirmación de la soberanía de la inteligencia humana, y tiene como consecuencia en el orden político la monarquía parlamentaria, con el censo electoral y la división de poderes.

La segunda sería la negación de un Dios personal y la afirmación de que Dios es todo, que en lo político se consolida en el republicanism y en la democracia, donde Dios es sobre todo muchedumbre y mayoría, y que desemboca en el despotismo de la demagogia, pues lo que no es el todo, no es Dios, y fuera de Dios no hay nada.

La última fase se corresponde a la negación absoluta de Dios en el orden religioso y la negación de todo género de gobierno en lo político, y de toda clase de autoridad, propia del anarquismo.⁶ Así se hace visible cómo lo que se niega de Dios, se niega del gobierno en lo político. Cómo, despreciada la autoridad divina, se anula la autoridad humana. Cómo, en el fondo de cualquier cuestión política, aparece la cuestión teológica.

«*Europa va entrando en la segunda negación y camina hacia la tercera*». De manera que los nuevos principios que ha descubierto la revolución de febrero, la nueva realidad democrática y socialista, no son sino las consecuencias naturales de los principios del racionalismo y del liberalismo. Donoso insiste en que estas fases son sucesivas y suponen el desarrollo progresivo de las consecuencias de unos mismos principios: con ello pretende combatir el error más pernicioso del momento, no tanto considerado en sí mismo, sino por las consecuencias que supone, de creer que unos errores no nacen necesariamente de los anteriores, de manera que, en vez de condenarlos radicalmente, se cree posible una conciliación con ellos. Este es el gran error que vio Donoso en el catolicismo liberal.

El único remedio y el error del catolicismo liberal

Por este desconocimiento de la realidad del catolicismo liberal, Donoso desconfió siempre de la acción política de los «buenos católicos», quienes lejos de llegar a la cuestión verdadera de los males sociales, creían que éstos se debían a los defectos de los gobiernos y buscaban dar solución a la crisis social mediante reformas políticas y económicas, que no eran más que pasos hacia adelante en su transacción con el error: «*Nunca tuve fe ni confianza en la acción política de los buenos católicos. Todos sus esfuerzos encaminados a reformar la sociedad por medio de asambleas y de Gobiernos serán perpetuamente inútiles. Las sociedades no son lo que son porque hayan sido constituidas en el ser y en el estado que tienen por gobiernos y asambleas, sino, al contrario, las asambleas y los*

⁵ *Discurso de la Dictadura*, 4 de enero de 1849, O.C., v.II, B.A.C., p. 197.

⁶ *Carta al cardenal I-Ornari*, París, 19 de junio, 1852. O.C., v. II. p.613

*Gobiernos son lo que son porque la sociedad que rigen es lo que es. Sería, pues necesario invertir el procedimiento, empezando por refirmar la sociedad, y después, valiéndose de la sociedad ya reformada, reformar sus instituciones».*⁷ Donoso arremete así contra la superficialidad del juicio, el optimismo invencible y la ceguera sobrenatural del catolicismo liberal, y vuelve a centrar el problema en la cuestión verdadera: No cabe salvación de la sociedad, no hay forma de vencer el peligro revolucionario si no se restauran los principios verdaderos del orden social y político. Si Europa se muere porque está fundada en el error, sólo cuando el principio católico, único principio verdadero, vuelva a vivificarlo todo, la enseñanza, los gobiernos, las instituciones, las leyes y las costumbres, encontrará su salvación.⁸ No cabe por tanto conciliación entre la civilización católica y la civilización filosófica. Entre la verdad y el error no hay más que un inmenso vacío, y *«tan lejos de la verdad está el que se pone en el vacío como el que se pone en el error; en la verdad no está sino el que se abraza con ella».*⁹

El único remedio que cabe a la sociedad es una reacción religiosa, que restaurando los principios renueve el orden político y social, y esto sólo puede llevarlo a cabo quien los conoce: el mundo debe volver los ojos a la Iglesia, Madre y Maestra, y reconocer el derecho que le asiste de enseñar, y el derecho y el deber de las sociedades de ser enseñadas por Ella.

Optimismo y pesimismo. El señorío de Dios sobre la historia

A pesar de haber desentrañado el significado y sentido de los acontecimientos y de haber señalado la solución a la ruina en la que vive Europa, Donoso no espera la reacción y la reconversión de las sociedades a Dios, sino que, al contrario, anuncia que todo está preparado para la catástrofe más impresionante de la historia. La sociedad no tiene salvación, no porque esté radicalmente imposibilitada para ello, sino porque no quiere salvarse. Así anuncia que **la ley que rige la Historia supone el triunfo natural del mal y el triunfo sobrenatural del bien**. Sólo a Dios corresponde el triunfo sobre el mal, por medio de una acción directa, personal y soberana. Sucede así que las revoluciones son, al mismo tiempo, el triunfo del mal sobre el bien e instrumentos de Dios en su plan salvífico: son satánicas en sus medios y agentes, pero son divinas en sus fines.

Que el resultado del análisis y el pronóstico sea desolador porque la realidad a la que se refiere sea desoladora, no implica pesimismo, sino, objetividad o realismo. Pesimismo sería sucumbir y perder la esperanza ante el avance del mal. Pero Donoso, lejos de desesperarse, anuncia que el milagro del triunfo del bien sobre el mal es una realidad que ha de suceder, y que vendrá de la acción directa del Dios, en cuyas manos está el curso de la historia: *«El señorío absoluto de Dios sobre los grandes acontecimientos históricos que Él obra y que El permite es su prerrogativa incomunicable; y al revés, la pretensión del hombre cuando afirma que él hace los acontecimientos, y que él teje la trama maravillosa de la historia es una pretensión insostenible; como quiera que él no hace otra cosa que tejer por sí solo la trama de aquellas acciones que son contrarias a los divinos mandamientos, y ayuda a tejer la trama de aquellas otras cosas que son conformes a la voluntad divina.»*¹⁰

No hay pesimismo en quien espera la victoria del Señor de la Historia, para quien escucha resonar de sus labios la gozosa promesa «¡Reinaré!».

Revista Cristiandad
Por María Bergera.

⁷ *Carta a monseñor Gaume*, Berlín, 4 de agosto de 1849, O.C., y. II, B.A.C., p. 227.

⁸ *Polémica con la prensa española*, Berlín, 16 de julio de 1849, O.C., v. II, B.A.C., p. 223

⁹ *Carta al Cardenal Fornari*, París, 19 de junio, 1852, O.C., y. II, p. 620

¹⁰ *Ibíd.* p. 628